

Rincón del libro

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ Y LUIS ALVARENGA

El «credo» de Carlos Fuentes

Decir que Carlos Fuentes es uno de los escritores más importantes de América Latina no es decir nada nuevo. Sí lo es decir que su sabiduría — no sus conocimientos teóricos, sino su posicionamiento vital— constituye una fuente de inspiración inestimable para quienes deseen llevar una vida en la que se articulen la propia felicidad y realización personales con la felicidad y realización de los otros.

Dos libros expresan con particular claridad la densidad humana de Fuentes: *Retratos en el tiempo* (1998)¹, cuyas fotografías son obra de su hijo, Carlos Fuentes Lemus² y *En esto creo* (2002)³. En ambos textos hay, qué duda cabe, una *calidad literaria* extraordinaria, propia de alguien que domina su oficio a la perfección. Pero también hay, y esto es lo más importante, *testimonio de calidad y calidez humana*. En el primero de los libros apuntados, Fuentes hace un retrato de las personalidades (literarias, artísticas, deportivas y cinematográficas) que le han marcado su vida o parte de ella. No habla desde la perspectiva del analista desinteresado, sino de un modo personal; es decir, Fuentes habla de su relación con ellas y, al hacerlo, habla de sí mismo.

Así, a Norman Mailer le agradece que le haya permitido entender «las maneras cómo la literatura, al revelar la superficie, penetra las profundidades, aunque pagando el precio de convertirse en lo mismo que denuncia y purificándose, al cabo, por su capacidad de inventar una mentira que revela la verdad». A Juan Goytisolo lo llama «navegante incauto pero lúcido de la gran marea de nuestro tiempo» que «advierte peligros nuevos, recuerda peligros persistentes que ningún triunfalismo capitalista puede desvanecer». De Mohamed Alí dice que «bailaba en el ring. Sólo él se ha permitido pelear con los brazos caídos... y pasar del reposo alegre a la agresividad más contundente en un instante». De Lola Beltrán la llaman la atención sus manos, «amorosas, hambrientas, inquietas, preguntándose si pueden devolverle la forma al mundo, a la piedra, al cántaro, a la nube». Para Fuentes, Gregory Peck será siempre «el gringo más joven» que ha conocido, mientras que Jacqueline Kennedy lo fascinó su «elegante belleza, pero también los extremos de incertidumbre y altivez de su personalidad». A John Keneth Galbraith lo considera un «Quijote económico, lanza en ristre, desfacedor de entuertos reaccionarios, que desenmascara

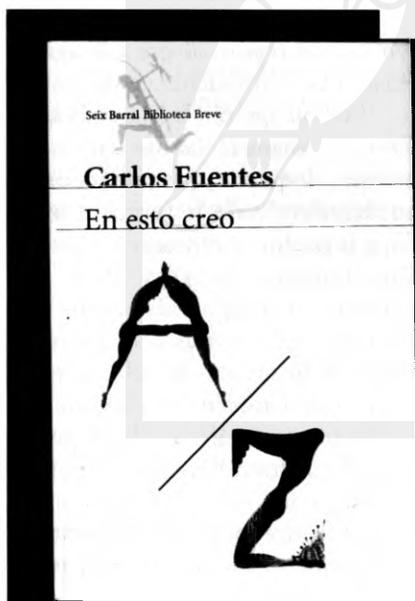
las más piadosas ilusiones conservadoras»... Estas son sólo algunas de las figuras a las que Fuentes retrata y lo retratan, porque son sus gustos, preferencias y opciones morales, literarias y políticas las que se ponen de manifiesto cuando habla de esos otros, con los cuales hay empatía, afinidad, complicidad o agradecimiento.

Pero no sólo eso: son dos los que retratan, el padre y el hijo, el uno escritor —amante de la palabra— y el otro fotógrafo —amante de la imagen—. El libro *Retratos en el tiempo*, como dice Tomás Eloy Martínez en su texto introductorio al mismo, titulado «Batalla en armonía, es una expresión del eterno duelo entre «los hechos y su representación, entre el lenguaje y la imagen. Sin embargo, ese combate en este libro no es enfrentamiento sino armonía: una especie de pacto entre lo contingente

(la imagen) y lo permanente (el texto). Asimismo, Eloy Martínez nos hace caer en la cuenta de otra dimensión de *Retratos en el tiempo*: su carácter testimonial.

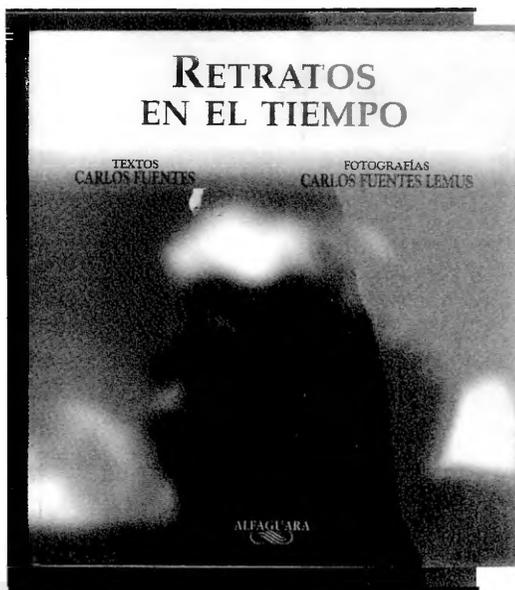
«Hay a la vez —dice Eloy Martínez— un testimonio de amor profundamente conmovedor en estas páginas: el del amor del padre que guía a su hijo y le enseña a leer los signos de la realidad, y el del amor del hijo que comparte con el padre su aprendizaje del tiempo y su descubrimiento de un mundo en el que —a la inversa de lo que pasa en la literatura— nada es ambiguo, donde las cosas están para siempre allí, como sugería Roland Barthes, suspendidas en su pasado».

En su libro *En esto creo*, sus gustos, preferencias y opciones morales, políticas y literarias son expuestas no a partir del retrato de otros, sino a partir del retrato de sí mismo —que es inseparable del diálogo con los otros—. Alfabéticamente —comenzando con la voz «Amistad, pasando, entre otras, por las voces «Balzac», «Globalización», «Hijos», «Izquierda», «Libertad» y «Muerte», hasta terminar con «Zurich»—, Fuentes plasma sus convicciones, creencias, temores, esperanzas y sueños. En cada una de esas voces más que razonamientos teóricos lo que hay es una confesión de un ser humano preocupado por la vida y el destino de sus semejantes, tanto sus familiares cercanos —esposa e hijos—, como también los millones de hombres y mujeres que carecen de lo básico para vivir.



Cada una de las creencias de Fuentes es una invitación a la reflexión. Pero hay algunas de ellas que más que a la reflexión invitan a una revisión del propio estilo de vida. En la voz «Amor», Fuentes envía el siguiente mensaje a los lectores: «ojalá que el lector de este libro encuentre las formas más variadas del amor en cada capítulo de mi alfabeto personal, Hay una, sin embargo, que deseo destacar a fin de tenerla siempre presente. Es la calidad de la atención. El amor como atención al otro. Abrirse a la atención. Porque la atención extrema es la facultad creadora y su condición es el amor». Y así como es de firme su creencia en el amor —en las posibilidades creadoras de éste—, así es de sólido el amor por sus hijos. En la voz «Hijos», Fuentes no sólo rinde homenaje a sus hijos —Cecilia, Natascha y Carlos, sino que dice estas frases en verdad conmovedoras:

«Hay que llegar a saber que los hijos, vivos o muertos, felices o desgraciados, activos o pasivos, tienen lo que el padre no tiene. Son más que el padre y más que ellos mismos. Son nuestro compás de espera. Y nos imponen la cortesía paterna de ser invisibles para nunca disminuir el honor de la criatura, la responsabilidad del hijo que necesita creer en su propia libertad, saberse la fragua de su propio destino. Nuestros hijos son el fantasma de nuestra descendencia... Viendo el homenaje de mis hijas a



mi único hijo, entendí que un hijo merece la gratitud del padre por un solo día de existencia en la tierra».

NOTAS

1. Carlos Fuentes y Carlos Fuentes Lemus, *Retratos en el tiempo*. México, Alfaguara, 1998, 142 p.
2. Carlos Fuentes Lemus falleció el 5 de mayo de 1999, a los 25 años, a raíz de un infarto pulmonar, tras un padecimiento de hemofilia.
3. Carlos Fuentes, *En esto creo*. México, Planeta, 2002, 315 p.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ